

Ignacio Peyró en la escuela de la vida

La trayectoria de Ignacio Peyró es larga, y alargada, en la prensa y en otros lares. Este diario recoge **sus notas entre 2006 y 2011**

EVA COSCULLUELA

En el prólogo de *Ya sentarás cabeza*, Ignacio Peyró (Madrid, 1980) dice que las notas que forman este diario son «quizá lo propio de un muchacho que quería escribir pero necesitaba que alguien le dijera si era escritor». Ese muchacho que en la primera parte del libro anhela convertirse en periodista prospera en el oficio y empieza escribiendo colaboraciones en *Alba*, pasa a ser corresponsal en el Congreso para *El Confidencial*, jefe de Cultura en *La Gaceta* y acaba siendo *speechwriter* de altos –altísimos– cargos del partido que llega al Gobierno. En este diario, que recoge sus notas entre 2006 y 2011, el lector asiste sin poder despegarse a esa evolución. Este trayecto vital y profesional, del que se desvía una y otra vez para hablar de comida y bebida, de arte, música y libros, de fabulosos amaneceres y de pájaros que se resguardan del frío, es a la vez un paseo por la escena política y periodística de este país en esos años, retratadas con una finísima ironía que deja expuestas muchas de las tramas de los partidos políticos y de los medios de comunicación.



Ya sentarás cabeza...
Ignacio Peyró

Libros del
Asteroide, 2020
562 páginas
24,95 euros

★★★★

«YA SENTARÁS CABEZA» es dietario y es crónica, es memoria pasada por el filtro de la nostalgia y es una reflexión lúcida de los temas centrales en su vida: el periodismo («Sería feliz hasta como redactor jefe de pasatiempos»); su pulsión por escribir («Una misión como escritor: que lo hermoso no quede sin decirse»); el oficio de traductor; el amor («De pronto descubrimos que el truco del amor es que nos quieran»); su aguda observación de quienes le rodean; cierto *spleen* («Pensemos que sólo hay algo peor que recibir un mensaje a deshora, y es que lo reciba otro», o «Reírse de uno mismo no

es tan complicado, lo difícil es hacerlo cuando se ríen los demás»); o una resignada aceptación del lugar que ocupa («Cada día miramos la prensa para ver qué nos ha comprado de las palabras del día anterior», dice sobre los discursos que escribe para los políticos).

PEYRÓ COMBINA UNA ERUDICIÓN poco común con una afilada observación de la realidad y demuestra que la tradición puede ser algo rabiosamente moderno. Es inevitable recordar a Josep Pla al leer este dietario, igual que –de otro modo– también nos hace pensar en el *Salón de los pasos perdidos* de Trapiello o, incluso, más tangencialmente, en los divertidos diarios de Iñaki Uriarte. A la vez, el lector percibe que Peyró no ha querido parecerse a nadie: seguro de la finura de su pluma y de

su estilo agudo, el autor acierta en querer ser él y no un remedo de ninguno de los maestros del género. A pesar de sus casi seiscientas páginas, el lector lamenta llegar al final y no poder seguir disfrutando de la mirada incisiva y la elegancia exquisita del autor, más aún cuando nos deja con la miel en los labios. ■



Ignacio
Peyró